

Política, igualdad social y educación

Textos de sociología de la educación seleccionados
por GERMÁN GÓMEZ ORFANEL. Revista de Educación
(Colección Libros de Bolsillo), Madrid, 1978.

La sociología de la educación, aun habiendo ya descubierto su objeto material de observación científica y encontrado su específico modo de aproximación analítica, creemos se halla todavía en inacabado proceso de configuración científica. Necesita, de manera apremiante, clarificar y robustecer su epistemología y aquilatar sus análisis empíricos; y, como en el itinerario configurativo de cualquier otra ciencia, precisa conjugar la inspiración y referencia a las teorías clásicas con el esfuerzo de abrir brechas de ampliación y profundización en su campo exploratorio.

Por otra parte, los temas capitales de la sociología de la educación se entrelazan con los de la sociología política y de la política económica.

Las cuestiones nucleares que tiene que abordar la sociología de la educación, tales como los controles de la enseñanza, la democratización interna de la misma o repartición del poder en su gestión; la democratización externa, que atañe a la generalización y tasas de escolarización; igualdad de oportunidades tanto a la entrada como a la salida del proceso educativo; calidad de la enseñanza,

estructura y funciones del sistema educativo..., son cuestiones que se interrelacionan con los temas fundamentales de los restantes sistemas: político, económico, religioso..., que configuran la sociedad global.

La complejidad de objetivos y la amplitud de los campos abordados en la sociología de la educación ha dado como resultado una amplitud indefinida en el abanico de exploración y una variedad de enfoques tanto en los estudios globales como en los análisis parciales realizados sobre la educación.

Son necesarios trabajos como esta recopilación de textos realizada cuidadosa y acertadamente por G. Gómez Orfanel, que ofrezcan, en síntesis, el aspecto nuclear de la sociología de la educación desde horizontes diversos como los de Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia, y detectan al mismo tiempo los «centros neurálgicos», que postulan nuevos planteamientos y reiterada reflexión.

Los artículos seleccionados afrontarán desde enfoques pluridimensionales y, en consecuencia con resultados dispares, las interconexiones de la escuela y la estructura social de

las clases, la influencia de los sistemas educativos sobre el funcionamiento de los sistemas políticos, los efectos de la escolarización sobre el mercado de trabajo y la movilidad social.

Aun aceptando por parte de todos los autores que el sistema educativo viene a ocupar un lugar estratégico como determinante del carácter social, político y económico de la sociedad, no son concordantes en cuanto a la dimensión ni cualificación de las influencias mutuas.

Una primera cuestión que los sociólogos de la educación han pretendido dilucidar se plantea en los términos de si el sistema de enseñanza es un factor de cambio del orden social establecido o, por el contrario, si es el mantenedor o reproductor del mismo. ¿La educación institucionalizada cumple funciones liberalizadoras, igualatorias o compensadoras de los desequilibrios individuales y colectivos en las sociedades históricas? ¿Cuál es el alcance de la contribución de la instrucción formal a la igualdad de oportunidades?

Las respuestas no son necesariamente unívocas, como pondera R. Clignet desde una perspectiva general de las cuestiones.

P. Bourdieu defiende la tesis de la reproducción social mediante la reproducción cultural. El sistema educativo, mediante las apariencias de neutralidad, cumple la función de reproducir las estructuras sociales y las relaciones de clase de manera tanto más eficaz cuanto que esta función es mejor disimulada. La escuela refuerza, sanciona y consagra las desigualdades sociales. La educación, que debería cumplir en la sociedad capitalista una función compensadora de las desigualdades económicas,

no hace sino afirmarlas más profundamente.

R. Boudon, por el contrario, se esfuerza en desmentir o por lo menos aligerar la tesis según la cual la escuela contribuye a «reproducir» en el tiempo el sistema social y las desigualdades que éste comporta. Para este autor, la desigual distribución del capital escolar no lleva aparejada un efecto claro y general sobre las desigualdades de las rentas. La observación parece mostrar que la correlación estadística entre el nivel de instrucción y el «status» social es baja. Este depende de gran número de variables de las que sólo algunas se toman en consideración en las encuestas.

Las sociedades industriales, a pesar de su carácter democrático, se caracterizan por una escasa correlación entre el nivel de instrucción y la posición social, entre nivel de instrucción y movilidad, entre nivel de instrucción y de renta. En consecuencia, opina Boudon, la reducción de las desigualdades escolares no implica la necesaria reducción de otras formas de desigualdad.

En la misma línea, H. Titze señala unas acotaciones al intento de querer solucionar la «desigualdad social» dentro de la sociedad burguesa mediante una «política de reforma de la enseñanza». Aunque la escuela como institución pública de distribución de oportunidades sociales debe compensar el reparto asimétrico condicionado por el mercado (antagonismos sociales) que sigue dándose en las estructuras fundamentales del capitalismo, opina que esta política de enseñanza resulta inapropiada para solucionar el problema de la desigualdad social dentro de las sociedades capitalistas. Desvela el desplazamiento del mode-

lo de legitimación de las desigualdades desde la competencia del mercado a la competencia académica. El título escolar avala la capacitación económica y social.

La influencia más destacada del sistema de educación en el sistema social es el desencadenamiento de la movilidad social. Los sociólogos de la educación se esfuerzan en descubrir y medir dicha relación causal.

W. Einseidler, en su artículo «Escuela y movilidad social», analiza los modelos de asignación de «status» a través de la escuela. Reconoce cómo las sociedades corporativas apenas conocían la movilidad social. La escuela como intermediario entre el «status» de los padres y el de los hijos tenía el cometido de mantener un nivel de «status»: asignación de «status» a través del origen. En la sociedad industrial la distribución del «status» debe realizarse basándose en criterios adquiridos, es decir, en el rendimiento escolar; pero no se puede pasar por alto el hecho importante que el rendimiento no está desvinculado del origen social, al menos en el sistema escolar actual. Las variables intra-escolares, aunque no son las más influyentes, pueden también ayudar a aumentar la igualdad de oportunidades y, por tanto, hacer posible la movilidad social.

Se percibe, no obstante, en la exposición de W. Einseidler una postura escéptica sobre la eficacia transformadora de la escuela.

Por su parte, John P. Neelsen analiza la influencia de la educación en la movilidad social desde un enfoque estructural-funcional, y constata que la teoría estructural-funcional resulta insuficiente para explicar la función socio-estructural de la educación, pues se aprecian disfunciones o correlación

«negativa» entre educación y desarrollo en numerosos países del tercer mundo. Por otra parte, desde la teoría del conflicto llega a la conclusión de que la democratización del acceso a la educación no refleja necesariamente una mayor movilidad social ni la reducción de la desigualdad social.

Se critica también el impacto de la educación «recurrente» o permanente. Se la concibe no como un medio de llegar a una sociedad igualitaria, sino simplemente como una prueba de la capacidad de la clase media para alcanzar logros en condiciones de retribución diferida¹.

Para poder evaluar la función socio-estructural de la educación se hace necesario realizar una investigación a fondo de su papel en los procesos de selección y asignación, teniendo en cuenta tanto los distintos niveles educativos como las diferencias institucionales.

Otra cuestión siempre latente en los estudios sociológicos de la educación es la de la influencia del Estado en la escuela.

Desde el análisis del caso alemán, C. Menze hace una crítica aquilatada de la escuela estatal, de su poder y pedagogía administrativa. Desvela los riesgos de que la escuela no sea un «instrumento de enseñanza», sino sobre todo un órgano ejecutor del Estado. «No es asunto del Estado emitir prohibiciones que a través de cualquier tipo de pedagogía prescriptiva, cuya legitimación parece bastante dudosa, tanto científica como jurídicamente, restrinjan la libertad de los ciudadanos.» Existen motivos más

¹ Véase juicio crítico en M. BLAUG, *Education and the Employment Problem in Developing Countries*, Ginebra, O.I.T., 1973, págs. 72-76.

que suficientes para dudar de la infalibilidad pedagógica del Estado

Dentro de la evolución general de la escuela, el dominio estatal presenta un estadio necesario, que en modo alguno puede calificarse definitivo, sino como un elemento de su desarrollo histórico. Propone la conveniencia de alternativas que limiten la pretendida omnipotencia estatal en materia de educación y la obligación de entablar una relación de competencia con las escuelas libres para así conseguir una mejora de la enseñanza en general.

Entre los artículos seleccionados el más significativo, ya clásico, es el texto de S. Coleman editado en 1965 como introducción al libro «Education and Political Development». Ya entonces se analizaban las relaciones genéricas que se verifican entre la educación y el sistema político.

Se hace portavoz de las tendencias que consideran la educación como el principal determinante de los aspectos del desarrollo económico, político y social². Pero anota que una mayor conciencia de su interrelación funcional ha estimulado a los sociólogos y educadores a ocuparse de un mayor número de variables.

Centrándose en el aspecto político, a primera vista, la educación parece ser el principal determinante del desarrollo político³. La educación in-

terviene como factor fundamental en el proceso de socialización política, en el reclutamiento político y en la integración política⁴. Sin embargo, resultados de estudios más recientes indican que la influencia de la educación en las actitudes es más complicada, dudosa y variable de lo que en principio se creyó. Esto no significa que la educación carezca de importancia, sino que sencillamente viene a corregir la creencia simplicista en una relación necesariamente unidimensional y positiva entre educación y orientación política democrática. Las sociedades difieren grandemente según que la manipulación política de los planes de estudio sea más o menos consciente y explícita y también según el contenido real de dichos planes⁵.

Las aportaciones de J. Coleman se ven en parte contestadas con las anotaciones que Theodor Tanf y colaboradores proponen en el estudio incluido en el volumen que comentamos. Recogen las opiniones que consideran la educación como un obstáculo para el desarrollo; pues desde la observación de la educación formal en numerosos países afroasiáticos parece que la misma contribuye a impedir el crecimiento económico y a promover la inestabilidad política, o por lo menos hay ciertas dudas sobre la importancia de la educación formal en el proceso de socialización política⁶.

Hoy sabemos que los procesos de

² Véanse los estudios de J. FLOUD y A. H. HASLEY, "Education and Social structure: Theories and Methodes", *Harvard Educational Review* (otoño 1959); "Their Report on the Sociology of Education", *Current Sociology*, volumen VII (1959).

³ Véanse H. H. GERTH y C. WRIGHT MILLS, *From Max Weber, Essays in Sociology*, Nueva York, 1946; Ph. CUTRIGHT, "National Political Development Measurement and Analysis", *American Sociological Review* (abril 1963), páginas 253-264.

⁴ Cfr. G. A. ALMOND y J. S. COLEMAN, *The politics of the Development Areas*. Princeton University Press, 1960.

⁵ Cfr. Z. BREZINSKI y S. HUNTINGTON, *Political Power, USA-USSR*. Nueva York, The Viking Press, 1963.

⁶ Cfr. A. K. PREVITT, "Some Doubts about Political Socialization Research", *Comparative Education Review*, volumen XIX, núm. 1 (febrero 1975), páginas 105-114.

aprendizaje no planificados tienen con frecuencia un impacto mayor que los explícitamente planificados. Son numerosos los signos de la debilidad de la socialización política planificada durante los períodos coloniales, mientras que hay evidentes efectos de socialización política no planificada en países afroasiáticos.

Parece, pues, que las suposiciones optimistas sobre la contribución de la educación formal a la construcción de las nacionalidades modernas son muy discutibles. Pero opinamos que la causa está en que apenas ninguno de los nuevos países afroasiáticos ha emprendido reformas educativas pos-coloniales adecuadas a sus propias condiciones de existencia y desarrollo.

Los textos seleccionados para este primer volumen de «Política, igualdad

social y educación» nos ofrecen una amplia y rica panorámica de la sociología de la educación, aunque sus aportaciones ni son conclusivas ni definitivas; que no lo pueden ser en un campo tan dinámico y evolutivo como el de la educación y desde la aproximación vitalista sociológica. Pero estas páginas constituyen un excelente marco referencial y de interpretación de otros numerosos trabajos que están surgiendo sobre la materia. Sobre todo suponen una utilísima contribución a la sociología de la educación en el ámbito español, que está necesitando de manera acuciante de nuevos tratamientos, tanto teóricos como empíricos.

JUAN JOSÉ SÁNCHEZ

FRANK PARKIN

Orden político y desigualdades de clase

(Ed. Debate, Madrid, 1978, 292 págs.)

Si damos en aceptar que existen algunas, escasas, estructuras fundamentales de pensamiento humano, y que las mismas responden a esquemas relativamente sencillos de organización y funcionamiento, la designación de un parentesco próximo a una específica obra reviste a ésta de una aparente tosquedad que termina afectando no solamente aquélla, sino a la crítica que a partir de la cual se articula y pretende dar sentido. Crítica que, en cualquier caso, debe mostrarse moderada en este alcance, pues, con toda probabilidad, participará de

una objetivización alternativa, aun a pesar de las sustanciales diferencias que haya entre una y otra (motivo ya más que suficiente para la explicación de un discurso autónomo) y porque, además, se corre el peligro de relegar el contenido del mensaje paralelo que se suele inscribir en el desarrollo de un discurso contextuado por alguno de tales arquetipos.

Complicada es la labor de descifrar los diversos signos indicadores de su presencia; más aún la de señalar, a través de una lectura selectiva y gradual, en qué consiste el

hilo conductor que lo vertebra y da razón antropológica de su existencia; pues, entre otras derivaciones, el hecho de descubrir su presencia viene automáticamente a hacer descender el nivel de representación dramática y a relativizar cualquier tipo de discurso político (efecto indeseable para los creadores de esta clase de ilusión).

Tal vez sea más aventurado el realizar tal análisis cuando las circunstancias indican el despertar de renovado vigor de la memoria colectiva que resurge al aferrarse a los paradigmas míticos que le aseguran la identidad eterna. Parece ser, en este sentido, como si los pueblos rivalizaran en la tarea imposible de materializar en la tierra las pretensiones de inmortalidad que el discurso estrictamente religioso, primero, y las formulaciones seculares del pensamiento mítico, después, habían representado. Pareciera como si cada orden de realidad se sintiera amenazado por la tendencia expansionista del oponente y terminaran por reforzarse mutuamente en la descripción de un devenir histórico finalista que les sirviera de garantía de legitimación de la espiral de concentración de poder que ponen en marcha en el quimérico intento de someter el orden de cosas real al imperativo de una continuada transformación conforme al modelo ideal de sociedad, lugar teórico de naturaleza paradigmática.

El carácter prioritario que, en una interpretación de la dinámica social, manifiesta el referente de una humanidad reconciliada consigo misma, donde las relaciones sociales alcanzan la cualidad de la transparencia, cuando las lacras y limitaciones históricamente padecidas desaparecen —pues han desaparecido las condiciones materia-

les que las habían causado—, este privilegiado momento de la pulsión antropocéntrica que consiste en asumir (presuntuosamente) como radical y definitiva la separación lograda respecto a los vínculos establecidos y mantenidos por las instituciones de legitimidad extramundana a través de siglos de dominación, se revela simplemente sustitutorio de aquéllas a la hora de cumplir la función de atribuir un destino a la evolución de la especie humana (función que quizá no deje de ayudar a la satisfacción de una de las más regulares necesidades: la de asegurar una cierta cohesión moral).

Partiendo de lo cual viene a ser imprescindible el situar tanto el instrumento como el terreno en el que queda vinculada tal función; pues bien, uno y otro no pueden ser sino las ideologías y, más concretamente, aquellas que se presentan dotadas del sentido de totalidad, las que ofrecen una visión sistematizada y coherente del mundo, las que constituyen un orden cerrado y jerarquizado en el que cada fenómeno y acontecimiento es explicado (metafísicamente) en su relación última con arreglo a un sistema interpretativo único —tales construcciones son terriblemente asfixiantes, pues incongruencias, azares, contradicciones, inconsecuencias son sometidas a un (alternativamente) abstracto-concreto molde reductor, cuando no son sencillamente marginadas u olvidadas—.

El primer elemento de sospecha acerca del verdadero significado de tales ideologías surge cuando constatamos el hecho histórico de su instrumentación política por aparatos de poder político reclamándose de orientaciones bien diferentes, cuando apreciamos que, para su consolidación, se

muestran claramente independientes de una conexión con políticas concretas, cuando comprobamos la especial intensidad de una vivencia que se autodenomina «política» en el comportamiento de personas que se adhieren a aquéllas, cuando observamos las formas culturales y rituales que asumen sus manifestaciones públicas.

Mas lo curioso, y relevante a efectos políticos, es que su irracionalidad lógica no tiene envergadura alguna frente al éxito que el adecuado uso de las mismas ha supuesto en las movilizaciones de masas contemporáneas, habiéndose llevado a cabo bajo la cobertura de principios y máximas directamente inspirados en aquéllas. Tales hechos son sobradamente conocidos; y están perfectamente documentados. Y sin embargo persiste la tendencia a no considerarlos respondiendo a causas proporcionales a sus dimensiones y de naturaleza netamente política, todo ello debido a la permanencia de un pre-judicio de origen ideológico que apunta a la no-especi-

ficidad del plano político, siendo éste nombrado en cuanto pura proyección, en el terreno de las instituciones formales, del juego de poderes que mantienen entre sí fuerzas sociales más o menos concebidas como entidades míticas y/o sujetos históricos.

Es por ello que, por encima del lenguaje coloquial en el que a veces quedan expuestas tales aproximaciones, resulta necesario el señalar la imprecisión y ambigüedad que las envuelve, razón por la cual los aspectos teóricos quedan casi siempre difuminados, las posturas políticas personales realizadas de modo excesivo, estando unos y otros unidos y sustentados por la perspectiva ideológica, que termina por ocultar el campo de análisis decididamente importante, el de las relaciones de poder, allí donde creencias, valores y pasiones son solamente medios de dominación social o de lucha y afirmación de la libertad.

LUIS ARRILLAGA ALDAMA

JESÚS M. DE MIGUEL

Sociología de la Medicina. Una introducción crítica

(Vicens Vives. Barcelona, 1978)

El libro pudiera ser una «Memoria» de cátedra, aunque indudablemente es mejor: «Memoria», porque se trata del concepto-objeto-fuentes de la «Sociología de la Medicina»; «mejor», porque se ha desnudado de la camisa de fuerza de unas oposiciones anquilosadoras muchas veces de la voluntad imaginadora y creadora.

La primera parte («Los paradigmas teóricos») trata de una primera aproximación o delimitación de la disciplina, ocupándose fundamentalmente de las diferencias entre «Sociología de la Medicina» y «Sociología en la Medicina». Ambas vienen a utilizar parecida metodología, aunque los objetivos difieren: la primera se preocu-

paría más de la revisión de paradigmas sociológicos en base al estudio del sistema sanitario, en tanto que la segunda —más próxima a la profesión médica— se recluiría más en el análisis y resolución de problemas médico-sanitarios desde una perspectiva sociológica. De todos modos, esta distinción, clásica desde Robert Strauss (1956), no debe comprenderse absolutamente, ya que, en la práctica, los límites son muy cambiantes y difusos: sobre todo, desde que se acepta progresivamente la proposición de que «la ciencia médica se ha convertido en una ciencia social». Esta primera parte contiene una exhaustiva relación de trabajos españoles referidos —casi todos, desde una perspectiva teórico-general o epidemiológica— a la Sociología de la Medicina.

La segunda parte («La microsociología de la medicina») estudia la enfermedad mental, así como las relaciones médico-enfermo. Se ofrece una exposición de diversas teorías de la enfermedad mental (psicoanalítica freudiana, de la adaptación, del «stress», de la desviación social, de la socialización, del etiquetamiento), algunas consideraciones sobre la relación enfermedad mental-clase social, etc., así como una contraposición Parsons-Goffman a propósito de la relación médico-enfermo. Siendo fiel al subtítulo «Introducción crítica», De Miguel critica brevemente a ambos y también a la antipsiquiatría, observando que la progresiva implantación del hospital y el mayor acceso de la sociedad al uso de los médicos han superado (relativamente) la pura relación médico-enfermo. Claro, son muchas las objeciones que se le ocurren a uno y que el autor no se plantea en una «introducción»: por ejemplo, la progresiva socialización de la medicina no

impide que los procesos de diagnóstico, internamiento, etc., se vean encorsetados en la asimetría y etiquetadora (un posible «ceremonial de degradación social» a lo Garfinkel) relación médico (aunque sea de la medicina socializada)-enfermo.

La tercera parte («La macrosociología de la medicina») analiza las asociaciones profesionales médicas —fundamentalmente, la «American Medical Association» y la «British Medical Association»—, resaltando los momentos de defensa y «conservación» de las mismas: sobre todo, haciendo referencia a la encarnizada oposición de la primera a la medicina socializada. Pasa luego revista a los modelos sanitarios de los partidos políticos con especial referencia al caso español: «Frente Nacional», «Democracia Cristiana», «Partido Socialista» y «Partido Comunista».

Especialmente trabajado me parece el capítulo 7, «El sistema sanitario», del que es coautor original Benjamín Oltra. Parte de la consideración de la sanidad como sistema abierto, en el que los «outputs» (nivel de salud alcanzado) retroalimenta positivamente aquél, formando parte de los nuevos y sucesivos «inputs». Con aplicación al caso español, se verifica la hipótesis general de que son esos «outputs», más que el desarrollo económico, los que explican en creciente grado la *salud de la población* a medida que se acumulan estadios de desarrollo avanzado: es decir, la estructura de servicios sanitarios alcanzada deviene cada vez más decisiva en la mejora del nivel de salud. A tal efecto, se diseñan diversos modelos recursivos de variables, midiéndose sus efectos mediante la técnica del «path analysis».

La cuarta parte («Los aspectos metodológicos») se ocupa del enfoque so-

ciológico (reitera varios puntos del capítulo 3) y epidemiológico, insiste sobre la distinción entre prevalencia e incidencia y desciende al estudio de los fenómenos sociales de fumar y sus relaciones con el cáncer.

Finalmente, la quinta parte («Cambio social y sanidad») trata de los programas de planificación, los informes de la evaluación de los cambios producidos, el análisis de la reforma y la relación de todo ello con la problemática sanitaria en Europa Meridional. Es decir, se llama la atención sobre las coordenadas político-sanitarias de los fenómenos de la salud (más que de la enfermedad).

Es un libro muy útil: no sólo porque informa, mejor que ningún otro producido en España, de la sociología de la medicina, sino porque contribuirá —así lo espero— a mermar la idolatración tradicional del médico y la falsa idea de que la salud y su cuidado son asuntos más bien «individuales». ¡Ojalá contribuya también a la institucionalización de la sociología de la medicina: por ejemplo, incluyéndola como especialidad o disciplina de Facultades de Medicina y, de entrada, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología! Es ya evidente la necesidad de un estudio y de un trabajo interdisciplinario de médicos y sociólogos en universidades, hospitales, Ministerio de Sanidad, etcétera.

Pocas observaciones se me ocurren ante este libro bien hecho. Siguiendo la línea de algunas ya insinuadas a lo largo de esta reseña, noto cierto apresuramiento en algunas afirmaciones que me parecen demasiado tajantes:

por ejemplo, al presentar una correlación positiva entre miembro de clase baja y enfermedad mental (aunque De Miguel observe la diferencia entre prevalencia e incidencia). El estudio clásico de Hollingshead y Redlich (1958) y otros más recientes hablan en tal sentido, aunque —al igual que en el terreno de la delincuencia— la cosa no parece estar tan clara. Fácilmente puede comprenderse, en efecto, el sesgo deformador que supone cualquier muestra de «delincuentes» —en nuestro caso, de «enfermos mentales hospitalizados» e incluso «diagnosticados»— para extraer deducciones acerca de la influencia de factores, tales como condiciones familiares, estrato social, etc. «Delincuentes», por ejemplo, son los desviados *definidos* como tales por las instancias de control (y, como se sabe, tienen mayores probabilidades de «merecer» tal definición los miembros de la clase baja). ¿No ocurrirá también *algo* parecido en relación con el diagnóstico de «neurótico»? Desde luego, desde la perspectiva de la teoría del etiquetamiento y de la antipsiquiatría, por ejemplo, la apuntada observación parece razonable. Jesús M. De Miguel, que, en su libro y otros trabajos, ha escrito sobre la teoría del etiquetamiento, sabe perfectamente (incluso lo insinúa) que la correlación apuntada deja bastante que desear. Es uno de los temas de interés que el autor del libro podría investigar algún día con referencia al caso español.

JOSÉ A. GARMENDIA

ALAIN TOURAINE

Alain Touraine y la sociología

(Un deseo de historia. Autobiografía intelectual. Madrid, 1978, Ed. Zero)

No se puede decir que el personaje que nos ocupa sea un desconocido, ni siquiera en España. Alain Touraine, presidente de la Sociedad Francesa de Sociología, vicepresidente de la Asociación Internacional de Sociología, director de la sección IV de la «Ecole Pratique des Hautes Etudes» (Centro de Estudios de los Movimientos Sociales), no es un desconocido en España. Por una vez la casi totalidad de la obra de un autor clásico, aunque reciente, es conocida y ha sido traducida a nuestra lengua¹. Sin embargo, hoy nos vamos a referir especialmente a la última publicada en España², y lo haremos por el significa-

do peculiar que tiene, como punto de inflexión —reconocido por el propio autor—, en el conjunto de su labor.

El libro juega un doble papel respecto al propio Touraine, por un lado «aclarar mis ideas, mis proyectos, mis esperanzas actuales» y por otro hablar «no tanto de mí como de las experiencias, los problemas y las tareas que conformaron mi vida y que constituyen una parte de lo que se denomina la "situación" en la que todos debemos actuar, intelectual y políticamente». Y decide hablar, no porque sea un hombre público o importante, sino porque ahora se puede tomar la palabra, ahora que por fin se ha roto la indiferencia de la Universidad hacia las Ciencias Sociales, ahora que se reinician las discusiones, pero sobre todo ahora que la sociedad «volvió a adquirir un sentido vital: se plantean nuevos problemas, estallan conflictos, se conforman distintos movimientos».

La «situación»

Touraine esboza, a grandes rasgos, los condicionantes sociales de su familia y del período en que estudiaba. Su nacimiento a caballo de dos sociedades, los estudios, la guerra... La estancia en Hungría y su trabajo en las minas cerca de Valenciennes. La sociología al margen de la Universi-

¹ Relacionamos las obras que conocemos en castellano: *América del Sur: un proletariado nuevo*, Barcelona, 1965, Ed. Nova Terra; *Sociología de la acción*, Barcelona, 1969, Ed. Ariel; *La sociedad postindustrial*, Barcelona, 1969, Editorial Ariel; *Los trabajadores y la evolución técnica*, Barcelona, 1970, Ed. Nova Terra; "Las clases sociales", ponencia para el seminario de Mérida, Yucatán, convocado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, recogido en *Las clases sociales en América Latina*, México, 1973, Ed. Siglo XXI; *Vida y muerte del Chile popular*, Madrid, 1974, Ed. Siglo XXI; *Cartas a una estudiante*, Barcelona, 1977, Ed. Kairos; *Introducción a la sociología*, Barcelona, 1978, Editorial Ariel.

² *Un deseo de historia* (autobiografía intelectual), Madrid, 1978, Ed. Zero. Todas las citas, mientras no se indique lo contrario, pertenecen a este libro.

dad y su rechazo tanto del funcionalismo norteamericano, como de las presiones del PCF que consideraba a los sociólogos como ideólogos de la burguesía. Su ingreso en 1958 en «Hautes Etudes» y, en 1960, su promoción a la dirección del Laboratorio de Sociología Industrial (hoy Centro de Estudio de los Movimientos Sociales).

Luego los países dependientes y los proyectos sociales tercermundistas: Chile, Quebec, Portugal, los palestinos..., «¿a quién se asesinó en Santiago, en Montevideo, en Buenos Aires? A hombres e ideas, al movimiento popular y la agitación antiimperialista naturalmente. Pero mucho más todavía: a un tipo de régimen y de sociedad, llenos de debilidades y de contradicciones, pero llevados por un espíritu nacional, reivindicaciones sociales y una inmensa movilización».

A pesar de su corta estancia en la Universidad, en Nanterre, como director del Departamento de Sociología, y su decepción de la organización universitaria («La vetustez de la organización universitaria sólo se hizo insostenible cuando las universidades tuvieron que acoger a gran número de estudiantes, cuando fueron desbordados los marcos profesionales universitarios»). Touraine tiene una idea clara sobre ésta. «Pienso que la función de la Universidad consiste en preparar a la sociedad para el cumplimiento de un determinado número de acciones sobre sí misma y para el análisis de esas acciones. Quiero decir que el objeto de los estudios universitarios debe ser comprender cómo se opera la acción de la sociedad sobre sí misma y su entorno. La unidad de organización en la enseñanza superior no debe ser la "disciplina", sino el campo de acción social: salud, produc-

ción, información, guerra, vejez, lengua, sexualidad, etc. *No hay que separar los conocimientos de su empleo social y de su transmisión (...)* nuestra universidad fue construida alrededor de disciplinas; debería serlo alrededor de campos de intervención social». La Universidad tendría que cumplir tres misiones fundamentales: la producción del conocimiento, la transmisión del conocimiento y su utilización social.

Y más tarde sus esperanzas de hoy, su opción personal en la situación francesa actual. «¿Por qué luchar?». «Mi propia posición está dominada, ante todo, por la defensa de las libertades. Tengo conciencia de pertenecer a una sociedad en la que el tema de las libertades es más importante que el de la liberación».

La sociología

Tras largos años de trabajo descriptivo y la necesaria elaboración teórica, el texto que comentamos supone para Touraine un punto de inflexión en su actividad. «Ahora se completa un momento de mi reflexión y de mi vida intelectual. Quiero en lo sucesivo crear una práctica profesional a partir de estas ideas y deseo que esta práctica, estos estudios sobre los movimientos sociales sean un medio de elevar la capacidad de acción colectiva de estos movimientos y, a través de ellos, de toda la sociedad». Y aquí tomará una posición de compromiso en la sociedad, pero no con opciones partidistas. «Quienes se conforman con describir el funcionamiento del orden pueden situarse en una posición de objetividad frente a él y aceptar en su análisis las categorías de la práctica social. Pero si se quiere aprehender los movimientos sociales y la acción histórica, es preciso que la propia in-

investigación los haga aparecer, los ayude a desprenderse de las obligaciones de la práctica regulada y organizada. El sociólogo no puede conformarse con observar, debe intervenir. De manera que el interés del conocimiento no es aislable del progreso de los propios movimientos sociales. La sociología no merece que se le dedique la vida si no es capaz de conducir a prácticas liberadoras. Es necesario que el sociólogo produzca sociología, pero este trabajo de conocimiento no puede ser separado de su intervención para acrecentar la capacidad de acción de la mayoría sobre su experiencia colectiva y personal». Pero precisamente el gran interés del libro que comentamos es el hecho de significar un balance de esos instrumentos con los que piensa llevar adelante una práctica profesional. «El andamiaje está completo; falta construir. Por última vez, hagamos un balance de nuestras herramientas».

La sociedad perdida

Para Touraine el objetivo principal de la investigación es resolver problemas, sin embargo toma conciencia de la necesidad, en las ciencias sociales, de unos prolegómenos, de «hacer la crítica de esas nociones y de esas categorías que uno se ve llevado a confundir con los propios hechos». El peso de Durkheim, ese «esfuerzo crítico para liberarse de toda filosofía social o moral», rezuma en estos primeros esfuerzos por construir una representación general de la sociedad. Y es que, en nuestra sociedad, las condiciones son inmejorables, «su gran capacidad de acción sobre sí misma, debido al crecimiento o la revolución favorece el nacimiento de un análisis

social que no explica lo social sino por lo social».

Dos ideas centrales, procedentes del siglo pasado, dominaban los saberes en ciencias sociales: por un lado el evolucionismo y por otro el organicismo. Estos dos principios se plasmaban de forma paradigmática en la sociología funcionalista, pero también en una perspectiva marxista, «cualquiera que sea la manera en que se defina la sociedad, ésta no es concebida como producto de su propia acción». «La representación de la sociedad estuvo siempre dominada, hasta en la época contemporánea, por la idea según la cual los hechos sociales están determinados por un orden superior. Es lo que yo he llamado los fiadores metasociales del orden social». Los hubo inmóviles como el orden de lo sagrado o el orden político jurídico, pero también en movimiento como la evolución o progreso. «Hay que abandonar completamente esta representación de la sociedad como regida por leyes naturales a la vez que dominada por un más allá». Georges Gurvitch fue —en opinión de Touraine— el mejor representante de este pensamiento presociológico, a la vez antifuncionalista y anticonservador, pero que en su principio era la antisociología.

«La sociedad no es solamente un conjunto de mecanismos de control, poniendo y manteniendo a cada cual en su sitio. Es ante todo un agente de producción de sus propias orientaciones, y por tanto de sus prácticas y de sus transformaciones». Lo que falta, y ésta es la clave del asunto, es una «teoría de la capacidad de la sociedad para actuar sobre sí misma, de la acción de la sociedad sobre sí misma». Pero el atraso tiene su explicación, históricamente.

Cuando se intenta pensar la sociedad, de todas partes nos llegan imágenes que quieren imponernos el análisis de ésta en términos no sociales. Son imágenes en las que no tiene lugar la propia idea de acción social. «Cuatro imágenes: la decadencia, el mercado, la dominación, la modernidad. Tienen en común el que en todos los casos el actor social percibe la sociedad como una cosa, como un orden ajeno a la acción». Planteando la situación en estos términos quizá, mejor que decir que la sociología nace, habría que decir que muere, ya que la razón de ser del funcionamiento social estaría fuera del campo social. Sin embargo, «la sociología nunca puede nacer antes de que la escena social se haya reanimado (...). Sin movimientos sociales no hay sociología posible. El movimiento social produce la sociología al mismo tiempo que el sociólogo revela el sentido del movimiento social».

Pensar la sociedad

Para Touraine, desde el punto de vista del estudio, aparecen, en el ámbito de lo social, dos campos diferenciados entre sí, por un lado el estudio del funcionamiento de la sociedad, de la estructura social y por otro lado el del cambio y sus relaciones con la estructura social. Sobre esta distinción se articularán todas sus «herramientas». «Debemos establecer una distinción entre el análisis sincrónico de una sociedad y el análisis diacrónico del cambio. La evolución y el rebasamiento de un tipo de sociedad no se hallan inscritos en su estructura. La confusión de ambos órdenes de análisis define la filosofía de la historia. No podemos hablar de las transformaciones experimentadas por

un tipo de sociedad, sino de tránsito operado por una colectividad desde uno a otro campo de la historicidad, desde uno a otro estado del sistema institucional o desde uno a otro funcionamiento organizacional»³.

Hoy la sociedad actúa sobre sí misma, y nos vemos obligados a considerarla «como producto de sí misma, como acción sobre sí misma, pero a través de la multiplicidad de las relaciones y de los conflictos sociales». Así nos encontramos con los dos términos claves para el análisis de la sociedad: *relación social* y *acción*. «La sociedad es acción sobre sí misma: es lo que ella se hace, lo que ella se produce. Pero no se produce a partir de un más allá, del lugar de los dioses, del lugar del orden político o de la historia; sólo se produce a través de sí misma, es decir mediante sus relaciones sociales».

Ahora, de la mano de Touraine, entramos ya en la formulación de los principios elementales del análisis sociológico, estructurados en forma de proposiciones.

1) El objeto de la sociología es el estudio de las relaciones sociales. Esto es, «*la sociología trata de un orden de hechos específicos: las relaciones sociales*. No tiene por objeto ni las situaciones objetivas, ni las intenciones o las opiniones. Consiste incluso menos en explicar lo subjetivo por lo objetivo, o lo objetivo por lo subjetivo. Su principio básico es: *el sentido de una conducta está determinado por la naturaleza de las relaciones sociales en las cuales está situado el actor*».

³ *Introducción a la sociología*, Barcelona, 1978, Ed. Ariel.

2) Una *relación social* es una interacción determinada por un campo. La Sociología y la Ciencia Política estudian los dos grandes órdenes de interacciones, aunque «existen, de hecho, interacciones *sin campo*, tales que los actores son definidos completamente por sus intereses, sus conflictos o sus negociaciones».

3) Un *campo* es una intervención de la sociedad sobre sí misma.

Una vez esbozados estos principios Touraine introducirá dos grandes problemas que serán el centro de sus estudios:

a) ¿Son todas las intervenciones de igual naturaleza? No, ya que existen numerosos niveles de intervención; de menos a más: el de las organizaciones, el de las instituciones, el de las relaciones de clase. «La historicidad es el campo de la acción de las clases. El resultado de sus relaciones es un dominio que circunscribe el campo institucional y separa a los actores políticos en conservadores u opositores. El resultado de sus discusiones produce leyes o contratos, que determinan las formas de organización y, en consecuencia, los papeles sociales. Tal es la jerarquía de los sistemas sociales. ¡Pero cuidado! Cuando digo jerarquía hay que desechar toda idea de superposición de diferentes categorías de hechos. Yo no jerarquizo lo político o lo económico: yo jerarquizo relaciones de clases, relaciones políticas y relaciones organizativas, lo que es muy diferente».

b) ¿Qué es esta sociedad que actúa sobre sí misma? «El camino intelectual que me hace afirmar que la sociedad produce sus categorías de prácticas, su ser, su funcionamiento, me obliga a agregar de inmediato: la sociedad se divide, una parte de ella actúa sobre el conjunto de la socie-

dad. No puedo separar intelectualmente las dos afirmaciones que sí puedo simbolizar mediante las dos palabras clave de mi análisis: la historicidad —vale decir esta producción de la sociedad por sí misma— y las relaciones de clase —o sea, esta ruptura que hace que una parte de la sociedad se identifique con la historicidad, se haga cargo de ella y construya así su poder y sus privilegios, mientras que la otra se defiende contra este dominio y busca retomar la dirección de esa historicidad». Este planteamiento separa a Touraine de las concepciones que escinden ambos aspectos y dan preeminencia a uno o a otro. «La capacidad de acción de la sociedad sobre sí misma, la producción de la sociedad por sí misma y su división en clases son las dos caras de la misma moneda. Son dos afirmaciones inseparables, que tienen el mismo estatuto teórico. A ello se debe el que yo pretenda que toda conducta social sea definida conjuntamente por una relación con un poder, y en consecuencia, sea conflictiva, y, a través de la referencia a un campo, a eso que denomino conflicto de intereses, identidad de apuestas. Se lucha por el control, por la dirección de uno u otro tipo, de uno u otro nivel, de intervención de la sociedad sobre sí misma, constituyendo el asunto clave el conflicto por la gestión de la producción de la sociedad por sí misma. ¿Puede afirmarse que las relaciones de clase son relaciones sociales de producción? En seguida eliminé la idea de clases reducidas a una estratificación social, a la desigualdad social; y agrego ahora: no, las relaciones de clase no son relaciones sociales de producción; son relaciones de producción de la sociedad por sí misma. Lo que está en jue-

go en estas relaciones es el control de la historicidad».

La historicidad, «el tipo de acción que la sociedad ejerce sobre sí misma»⁴, tiene tres dimensiones principales: el modo de conocimiento, un modo de acumulación y un modelo cultural. «La historicidad es, a la vez, epistémica, económica y cultural, pero el nivel de historicidad debe ser definido por una práctica material, económica». Pero una sociedad alcanza un determinado nivel de influencia sobre sí, mayor cuanto más amenaza se vea desde fuera. Así las sociedades postindustriales son las que mayor capacidad tienen para actuar sobre su funcionamiento.

Touraine representa pues la sociedad orientada por su historicidad y a la vez dividida por la lucha de clases, así resulta claro que al hablar de sociedad se habla de acción social. «La sociedad no es un ser, una naturaleza, un organismo; es una red de relaciones sociales organizadas alrededor de luchas por la dirección de diversos modos de intervención de la sociedad sobre sí misma».

Pero frente a esta capacidad de acción de la sociedad sobre sí, existe un refuerzo del orden, frente a una sociedad más activa, caminamos más y más hacia una sociedad regulada. El control social se interioriza más y más. Así nos encontramos en una situación en que participamos en la producción de la historia, pero a la vez estamos separados de ella. «La alineación ocurre cuando se aprehende la lógica del amo como la lógica natural, y cuando se entiende la propia lógica de dominado como pecado, como lo que destruye.»

Y aquí volvemos al punto de par-

tida. Si la sociedad es acción sobre sí, pero a través de la división de los conflictos sociales, la sociología tiene como objeto principal de estudio el de las conductas sociales, especialmente de las «que comprometen más directamente a la historicidad, es decir, las relaciones y los conflictos de clases, conductas denominadas los movimientos sociales». Además, este movimiento social se define por la conjugación de dos dimensiones: a la vez conflicto con el adversario y objetivo de un campo cultural común. «Así pues, el estudio de la sociedad es primero y ante todo el estudio de las luchas sociales, debido a que todas las relaciones sociales tienen una dimensión conflictiva. El sociólogo no es aquel que explica cómo funciona el capitalismo contemporáneo, sino aquel a quien se le pide que haga comprender por qué la gente hace lo que hace —y, en particular, comprender los grandes movimientos colectivos que cuestionan las orientaciones generales de la sociedad.»

El sociólogo observa un objeto que es a la vez acto de conocimiento y producto ideológico, con lo cual debe ser un intelectual crítico (opuesto a un intelectual orgánico), pero doblemente crítico. Por un lado de las ideologías, del punto de vista de los actores, y por otro de las categorías del orden dominante. Esto es el objeto de estudio del sociólogo, son las relaciones sociales, es decir, «las interrelaciones producidas y definidas por un campo que es la manifestación de un modo de intervención de la sociedad sobre sí misma. Pero hay que hacer aparecer este objeto, que no es visible; hay que extraerlo y reconstruirlo». De esta forma lo más difícil consiste en redefinir la relación del sociólogo con su objeto de estudio.

⁴ *La sociedad postindustrial*, Barcelona, 1969, Ed. Ariel.

«Quien observa desde fuera destruye su objeto, ya que reemplaza las relaciones sociales en movimiento por el orden, cuyas categorías descriptivas y clasificatorias debe incluso aceptar, las que siempre están cargadas de ideología. Por el contrario, el sociólogo debe intervenir lo más directamente posible, crear situaciones tan controladas y experimentales como sea posible, para hacer aparecer las relaciones, los conflictos o los acuerdos que quiera estudiar.» Hay que romper esa elección que nos encierra entre la objetividad y el prejuicio ideológico, «hay que situarse en medio de las relaciones sociales y de sus retos, y no situarse en el lugar del actor, de sus intereses y de sus ideologías.» Así, el sociólogo debe estar comprometido, pero nunca ser partidario.

El cambio

Un hecho, hasta hace poco negado, resulta ya manifiesto: la diversidad de vías de cambio histórico. Mientras no aparecieron claras las diversas sociedades industriales, su pluralidad, no había diferencia entre sistema y génesis. Hoy hay dos dimensiones a diferencias en el análisis: 1) un campo de historicidad (el funcionamiento de la sociedad industrial, y 2) un modo de desarrollo (el modo de industrialización).

El modo de desarrollo es «la manera de pasar de un modo de producción a otro, o de un sistema de acción histórica a otro». Su naturaleza viene definida por la naturaleza del grupo dirigente del proceso de transformación. Aquí no se habla de relaciones sociales, sino de élites dirigentes. Los diferentes modos de desarrollo

corresponden a diferentes tipos de estado, considerado éste como agente de transformación social:

a) El brazo armado de la clase dirigente (Inglaterra, Francia...).

b) El agente directo del desarrollo (Alemania, Italia...).

c) El propio de los países capitalistas dependientes o colonizados.

«Así pues, en el primer caso el estado está sobre todo ligado a la clase dirigente; en el segundo, es ante todo un agente de industrialización voluntarista; en el tercer caso, finalmente, es más un campo de fuerzas, en particular de clases medias civiles o militares.»

Por este procedimiento, «toda sociedad debe ser definida conjuntamente por un modo de producción y por un modo de desarrollo». De esta forma es fundamental diferenciar los dos grandes ejes del análisis sociológico: «el eje de la estructura —y por tanto de las relaciones de clases— y el del cambio —y por tanto del estado—. El análisis del funcionamiento y el análisis del cambio no pueden efectuarse en los mismos términos».

Y concluye: «*La prioridad, al fin de cuentas, pertenece a un análisis en términos de clases y en términos de historicidad, pero a condición de advertir que este mismo análisis debe incluir el tema del predominio internacional de un modo de producción para poder explicar la naturaleza de las relaciones entre el estado y la clase dominante (...), cuanto más entendamos la sociedad como un sistema de relaciones sociales, más, también, nos vemos llevados a reconocer el carácter exógeno del cambio.*»

LUIS SANZ.

CARLOS LERENA ALESON

Escuela, ideología y clases sociales en España

(Editorial Ariel. Colección Demos. Barcelona, 1976, 465 págs., 750 ptas.)

El campo de la educación ha sido en España, tradicionalmente, un terreno especialmente conflictivo, no solamente en las altas instancias departamentales (cambios ministeriales, reformas tímidas, grandes y pomposas declaraciones de intenciones y buenos deseos, críticas fuertes a actuaciones anteriores, etc.), sino también en el nivel de estudio teórico y en el más existencial de la práctica diaria del ciudadano de a pie, destinatario y beneficiario (¿o víctima?) de todo el sistema de enseñanza a la sazón vigente en cada etapa de nuestra historia.

En un momento histórico en el que cobra actualidad el tema educativo, el libro del profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, Carlos Lerena, *Escuela, ideología y clases sociales en España*, cobra nuevo interés para los estudiosos de la Sociología de la Educación.

«Trato de estudiar en este libro la estructura y las funciones sociales del sistema de enseñanza en la sociedad española contemporánea», dice el autor al comienzo del estudio, y, realmente, a lo largo del mismo lo consigue.

En realidad, todo sistema de enseñanza constituye, efectivamente, un sistema o un todo compuesto de un núcleo de elementos invariables interdependientes, al que, por otra parte,

corresponde un sistema de funciones, asimismo invariable. Y es igualmente claro el sistema de funciones que este sistema cumple, si bien no por sí solo: 1. *Con relación a los sujetos*: funciones de reclutamiento, selección y distribución. 2. *Con relación a la cultura legítima*: funciones de imposición e inculcación, y 3. *Con relación a la sociedad*: funciones de legitimación y reproducción del orden establecido.

Antes de iniciar la investigación, Lerena establece su hipótesis de trabajo: «Ha habido tres formas históricas alcanzadas por el sistema de enseñanza que corresponden a otros tres momentos del proceso de desarrollo del modo de producción capitalista:

A. Sistema de enseñanza escolástico — Aparición del modo de producción capitalista;

B. Sistema de enseñanza liberal — Ascenso del m.p.c., y

C. Sistema de enseñanza tecnocrático — Consolidación del m.p.c.»

En cuatro preguntas pueden condensarse los interrogantes que tal hipótesis suscita: 1.^a ¿Cuál es la contribución del sistema de enseñanza a la conservación de la estructura de clases? 2.^a ¿Por medio de qué mecanismos específicamente escolares se lleva a cabo esta contribución? 3.^a ¿Qué funciones desempeña la escuela en tanto que aparato ideológico?, y 4.^a ¿Qué representa históricamente

el actual proceso de reforma educativa? A ellas responde el libro en dos niveles: teórico (primera parte) y práctico: en relación con el pasado sistema de enseñanza escolástico (segunda parte) y liberal (tercera parte) y en relación con el presente sistema tecnocrático (cuarta parte), para terminar con un análisis crítico del empirismo (quinta parte).

Un análisis más detallado de cada una de ellas nos dará una visión de conjunto del esfuerzo realizado por Lerena en su investigación educativa.

En la primera parte examina el núcleo básico de proposiciones de la formación ideológica dominante en el campo de la educación y los presupuestos en que descansa, cuales son los del esencialismo-idealismo-psicologismo-empirismo. A continuación define de forma concisa y clara los conceptos claves para el estudio del sistema de enseñanza en las formaciones capitalistas y desarrolla muy acertadamente las características diferenciales de las formas escolástica, liberal y tecnocrática del sistema de enseñanza, en torno a tres ejes: el producto a obtener, la materia prima de la práctica educativa y la práctica pedagógica en sí.

Es ésta una parte densa que pide una lectura reposada y en profundidad, de fácil comprensión para cualquier iniciado en la terminología sociológica. Este inicial esfuerzo facilita la asimilación de todo el libro en cuya lectura se siente uno cómodo e interesado. Esta parte teórica ocupa casi un tercio del estudio total, y en ella nos ofrece *los elementos de la Sociología de la Educación*.

Expuesta la base teórica, Lerena desarrolla en la segunda parte una breve aproximación histórica al *sistema escolástico de enseñanza*, a través

de un estudio del campo ideológico en general, del movimiento ideológico de las nuevas fuerzas sociales, y del desarrollo capitalista y la estructura de clases. Nos lleva a las puertas de la segunda gran etapa, la enseñanza tradicional-liberal del período 1860-1960, después de analizar con sencillez y brevedad la escuela y la cultura de la sociedad burguesa en transición.

El estudio de las funciones sociales del *sistema de enseñanza liberal* constituye la tercera parte de este libro. En cinco capítulos analiza las funciones genéricas que desarrolla, y la forma en que lo hace, el sistema de enseñanza tradicional: funciones de *reclutamiento, selección, distribución, imposición, legitimación y reproducción*. De forma reiterativa y creciente hace un análisis histórico y sociológico muy completo de los distintos niveles de enseñanza y de las corrientes pedagógicas que discurren desde la Ley Moyano de 1857 hasta la antecámara de la Ley General de Educación de 1970. Es, realmente, un estudio plenamente centrado en una sociología de la cultura de la sociedad española contemporánea de este período 1860-1960. Este recorrido resulta muy interesante e ilustrativo, a pesar, y quizá debido a ello, de la reiteración con que se recalcan las ideas fundamentales para fijar mejor el análisis y su asimilación por el lector.

Gráficamente, estas tres primeras partes del libro de Carlos Lerena son «la cuesta arriba» del estudio. Las partes cuarta y quinta son la «cuesta abajo», en el mejor sentido de la expresión y en cuanto a una más fácil lectura y de mayor aproximación histórica al momento actual, sin que por ello disminuya en nada el rigor científico utilizado en las anteriores.

Estudia las funciones ideológicas del sistema tecnocrático en la España de los años 70. Sistema que, como él afirma, no es «sino el resultado de un profundo proceso de transformación de la sociedad española», que se ha impuesto por la fuerza de los hechos a la estructura político-administrativa, estructura que no ha tenido otra alternativa que «reconocer ese proceso y habilitar un cauce». En muchos puntos, este cauce, en palabras del autor, es «un obstáculo al desenvolvimiento de las reglas de juego propias del mismo».

En esta línea se centra el estudio de los procesos de cambio reales que han hecho surgir el sistema de enseñanza tecnicista, de las reglas de juego básicas de este sistema y de las funciones ideológicas que cumple y cumplirá en un futuro, más o menos próximo, en la sociedad española.

Realmente, al terminar la lectura de los cuatro densos capítulos de esta parte se llega a la conclusión de que «la estructura del actual sistema de enseñanza constituye, concretamente en nuestro país, una respuesta necesaria en el campo de la cultura a las necesidades objetivas de conservación y reproducción del sistema de clases sociales».

Es en la quinta y última parte de su libro en la que Lerena «se despacha a gusto» en un ataque frontal contra el empirismo y sus seguidores en el proceso de investigación, ataque ya anunciado desde las primeras líneas de su análisis. Con estilo ágil y una buena dosis de ironía sana, describe el sistema de grilletes que la epistemología positivista pone al proceso de conocimiento. Este sistema de grilletes es todo un sistema de reglas: reglas del *conformismo*, del *masoquismo*, del *ritualismo* y del *juego*

inofensivo, que llevan al investigador a: 1.º, preguntarse por lo que es, admitiendo de antemano que, por ser, es inevitable; 2.º, condenarse a supeditar el planteamiento de problemas teóricos relevantes a la posibilidad de empleo de técnicas precisas de observación; 3.º, a que sean las técnicas de investigación las que determinen el problema a plantear, y por fin, 4.º, a un pacto de no-agresión con el orden existente que se disfraza con el nombre de objetividad.

Esta crítica razonada de la práctica empirista se concluye con la afirmación de que «lo peor que podemos decir de la práctica empirista no es que sea un simple vehículo de la ideología dominante, sino que su particular sistema de reglas de juego es tal que impide reconocer, pensar, criticar y superar esa ideología como tal ideología».

La plataforma de investigación de Lerena la constituyen las cuatro partes anteriores: es todo un pensamiento epistemológico y teórico cara a cara con las cuatro razones centrales, preocupación nuclear de la tradición teórica europea por su imbricación con la sociología: la razón histórica, la razón económica, la razón política y la razón filosófica. Son palabras suyas: «El proceso de elaboración de datos ha estado subordinado a las necesidades surgidas en orden al planteamiento y a la elaboración de los problemas a estudiar». «La construcción del problema debía ir siempre por delante de la interrogación a la realidad, la cual debe ser sistemática, controlada y coherente, tratando siempre de realizar un proceso constante de rectificación recíproca entre la elaboración teórica y la prueba experimental o de los hechos.»

Termina el autor su estudio descri-

biéndonos en 39 tablas el abundante material empírico recogido de tres muestras diferentes, que han dado lugar, a su vez, a tratamientos distintos y a tres trabajos de campo: I. Alumnado de los cinco cursos de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Complutense de Madrid, 1972; II. Alumnado de primera etapa de Educación General Básica del Colegio Nacional J. M. Sánchez-Marcos de Bilbao, 1972, y III. Alumna-do asistente a clase de todos los cursos de las ocho facultades de la Universidad Complutense de Madrid, 1972.

Se trata, en definitiva, de uno de los mejores y más serios estudios de Sociología de la Educación realizados en España, al que no le resta mérito alguno el hecho de no haber abordado un factor y agente clave del sistema de enseñanza: los enseñantes. Factor éste que, sin duda, será objeto de estudio en futuros trabajos en los

que Lerena, me consta, se encuentra embarcado actualmente.

Si algún reparo le pongo, no al autor, sino a su editor, es el precio del libro: 750 pesetas son una barrera difícil de superar para las economías estudiantiles, sea de futuros sociólogos o de economistas y pedagogos.

A pesar de su extensión, 453 páginas de texto, el libro se lee con gusto por su estilo ameno, irónico en ocasiones, que no rebajan un ápice el rigor científico del mismo. Una abundante bibliografía, motivada por acertadas y variadas citas, y suficientes notas aclaratorias a los esquemas y texto, completan el libro y hacen de él uno de los estudios más completos realizados en el interesante y actual campo de la Sociología de la Educación en la España de los años 70-75.

RICARDO GIL GONZÁLEZ.

JOSÉ MARÍA MARAVALL

Dictadura y disentimiento político

(Ediciones Alfaguara, Madrid, 1979)

En los últimos diez años, el lector español se ve asaltado por una profusión creciente de biografías, memorias, relatos periodísticos y monografías históricas sobre nuestro pasado reciente. Y si es grande su variedad y rigor intelectual, más sorprendente es aún la diversidad de presentaciones editoriales: la profusión de libros, artículos, revistas, folletos y fascícu-

los encuadernables va acompañada por una tímida aparición de los «comics» o tiras ilustradas y la eventual aparición, que a nadie sorprendería, de colecciones de cromos. Lo cual, sin lugar a dudas, apunta a la extensión en públicos muy dispares de esa curiosidad, quizá catártica, sobre el pasado reciente.

Este contexto, aunque quizá favo-

rezca la difusión del libro de Maravall, puede oscurecer las intenciones del autor y el sentido más profundo de la obra. Pues el libro no es una narración histórica o crónica política del franquismo. Contiene, sin duda, materiales históricos de singular valor, pero el libro se limita al estudio selectivo de unos temas específicos. En palabras del autor, su pretensión es analizar «hasta qué punto el desarrollo económico origina, en las autocracias contradicciones sociales y políticas que favorecen la aparición de movimientos organizados de protesta, cuáles han sido las fuentes más importantes de militancia», así como sus correlatos económicos y políticos. El libro sería entonces una contribución a «la sociología de los regímenes no democráticos, así como a la dinámica de los movimientos de oposición política, tomando España como un caso concreto».

Para juzgar el libro con el debido rigor, conviene situarlo en la trayectoria intelectual del autor, la cual se muestra así en su notable coherencia. Mientras que «Trabajo y Conflicto Social» (1967) y «La Sociología de lo Posible» (1972) contienen una discusión y depuración de las categorías y esquemas analíticos puestos a prueba en «El desarrollo económico y la clase obrera» (1970), depurados y enriquecidos en sus obras posteriores. Y la relación entre «Desarrollo Económico y la clase obrera», un análisis de los conflictos industriales en la década de los 60, y el libro ahora comentado es ciertamente evidente.

Aunque sin ignorar lo que tienen de común, en su génesis y desarrollo, los movimientos obrero y estudiantil son objeto de tratamiento separado. Las áreas de interés y los temas centrales son en buena medida comunes

a ambos, aunque el énfasis varía según se trate del movimiento obrero o del estudiantil.

Por lo que hace al primero, su estudio se centra en la relación entre el desarrollo capitalista en España y el contexto político-laboral de la dictadura. Para ello examina en detalle cómo el proceso de industrialización y las exigencias de productividad hicieron necesario un cambio radical en el sistema de relaciones industriales. Cambio que, por la rigidez del sistema político, engendra las tensiones que posibilitan el renacer del movimiento obrero y marca en buena parte sus líneas de actuación. El conflicto obrero, limitado inicialmente a reivindicaciones salariales, se politiza progresivamente en la asunción y defensa de intereses de clase.

Hay que resaltar que, para Maravall, el resurgir del movimiento obrero no es, sin embargo, una consecuencia mecánica de cambios en el sistema productivo. De un lado, porque no es un objeto exterior al cambio, sino actor destacado del mismo. De otro lado, porque su configuración histórica vendrá marcada por la estructura misma de la formación social en que se desarrolla, por la complejidad del despliegue histórico de todo un sistema de desigualdades.

En concreto, Maravall presta especial atención a dos tipos de factores, políticos y ecológicos, que marcaron más decisivamente el renacimiento del movimiento obrero. Este es así analizado desde el punto de vista de los principales enclaves de la acción obrera y de sus características políticas y económicas: el libro discute así hasta qué punto cabe hablar de una continuidad histórica en estos núcleos vertebradores, así como las diferencias entre tales enclaves *políticos* que

dieron lugar a formas de movilización y a reivindicaciones típicas.

Señala Maravall cómo la emergencia y el desarrollo del movimiento obrero en España entre 1939 y 1975 estuvo basada en determinadas áreas que constituían las principales fuentes de militancia, y muy especialmente la minería asturiana y la siderurgia y metalúrgica en Barcelona, el País Vasco y Madrid. La militancia obrera estuvo concentrada en los centros históricos del radicalismo político en los años 30 y en los que, con posterioridad a la Guerra Civil, la oposición política era más poderosa. A pesar de la represión masiva, el franquismo no pudo jamás desarticular totalmente las organizaciones obreras en dichas zonas y éstas jugaron un papel importante en la reactivación de la lucha.

En tercer lugar, el libro enfoca las organizaciones obreras como factor activador del movimiento obrero, atendiendo tanto a la supervivencia y mantenimiento de las históricas como a la aparición de las nuevas.

En cuanto al movimiento estudiantil, su desenvolvimiento y la evolución de sus estrategias son examinadas en relación con la evolución del régimen. En contraposición con el movimiento obrero se atribuye una mayor autonomía a los factores estrictamente políticos en la explicación del desarrollo del disenso en este sector juvenil.

Examina en primer lugar el nacimiento y desarrollo de la protesta estudiantil y de sus estrategias, en relación con la evolución política del régimen. Presta especial atención al papel que en su seno jugaron las distintas organizaciones políticas, y caracteriza con especial agudeza la evolución de las políticas de reclutamiento

y en particular los requisitos de clandestinidad, selectividad y preparación ideológica, así como los procesos de proselitismo. Asimismo analiza con brillantez los tipos característicos de militantes en las distintas fases del movimiento estudiantil.

Todo el análisis del movimiento estudiantil subraya en particular las dimensiones subjetivas de la política. Estas dimensiones incluyen el aprendizaje ideológico individual, atendiendo a las experiencias de socialización política. Desde este punto de vista se iluminan nuevas dimensiones del movimiento estudiantil. Sin olvidar el significado del mismo en la dinámica macrosocial, nos aproxima Maravall a su dinámica interna y a las actitudes, vivencias y esperanzas de sus protagonistas.

Lo cual lleva a cabo desde una perspectiva teórica que a través, sobre todo, de David Matza, enlaza directamente con la tradición interaccionista simbólica. Y esta perspectiva añade nueva luz sobre la dinámica del proceso político. La socialización política se convierte así en un proceso secuencial, a través del cual el hijo de familia liberal deviene militante clandestino en una serie de etapas analíticamente separables.

El libro combina así tres perspectivas en el estudio de los dos movimientos: enfoca por un lado las tensiones políticas y sociales derivadas de un proceso de desarrollo capitalista en un contexto autocrático corporativista; por otro lado la supervivencia de subculturas políticas en comunidades proletarias y en las familias, junto con procesos de socialización ideológica; finalmente, la existencia clandestina de organizaciones políticas, junto con sus estrategias.

Al combinar estas perspectivas, el

análisis macro-sociológico del contexto institucional, de los enclaves comunitarios y de las organizaciones se une al análisis micro-sociológico de las experiencias de socialización política, del reclutamiento y de la militancia.

Para terminar quisiera resaltar en primer lugar su figura teórica, que le lleva a articular sin confusión ni dogmatismo distintas perspectivas teóricas en función de su valor neurístico y de los datos de que dispone. Datos que presentados siempre al hilo del argumento, son muchos y del más diverso origen: entrevistas personales, estadísticas oficiales, análisis de prensa, datos de encuesta...

El resultado es así una rara y atractiva combinación que une la pasión de las mejores monografías históricas, la fascinación de los estudios etnográficos y el atractivo intelectual de los rigurosos análisis sociológicos.

Y, por si algún lector malicioso atribuye estos elogios a la vieja y entrañable amistad que con Maravall me une, permítame citar *in extenso* a Raymond Carr: «Este libro me ha deleitado por dos razones. En primer lugar, buena parte de la sociología, a partir de Weber y Durkheim, es una acumulación de proposiciones en que la jerga encubría lo obvio. En segundo lugar, es la prueba de que un intelectual español ha emergido del trauma de cuarenta años de franquismo incontaminado por la retórica favorecida por el régimen y paradójicamente, heredada por alguno de sus más persistentes opositores. Maravall es un estudioso de estatura europea... [y su libro] un excelente estudio de la política y la sociología de la oposición a una dictadura» («Spectator», 24/VI/78).

UBALDO MARTÍNEZ LÁZARO.

INFORMES Y ENCUESTAS DEL C.I.S